



ASSOCIACIÓ CULTURAL
SANT FRUCTUÓS

Pasión de los santos mártires Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos, inmolados en Tarragona el 21 de enero, bajo el imperio de Valeriano y Galieno

**Traducción:
Lluís M. Moncunill Cirac**

1- Durante el consulado de Emiliano y Baso, el 16 de enero, domingo, fueron detenidos Fructuoso, obispo, Augurio y Eulogio, diáconos. Estando recogidos en su habitación, entraron en casa los oficiales del pretorio, los beneficiarios Aurelio, Festucio, Elio, Polencio, Donato y Máximo. Fructuoso oyó pasos e inmediatamente se levantó y salió a recibirles en sandalias.

Le dijeron los soldados:

- Acompáñanos, puesto que el gobernador te reclama con tus diáconos.

Les respondió Fructuoso:

- Vayamos, pues; pero, antes dejad que me ponga el calzado.

Respondieron los soldados:

- Hazlo como te plazca.

Llegados ya a su destino, fueron allí encarcelados. Fructuoso, sin embargo, dichoso y seguro de la corona a la cual era llamado, oraba sin cesar. Los hermanos le asistían asiduamente, le proveían de alimentos y le suplicaban que les tuviera presentes en su mente.

2- El día siguiente bautizó en la prisión a nuestro hermano llamado Rogaciano. Pasaron seis días antes que los sacaran de allí el viernes 21 de enero, y prestaron luego declaración. El gobernador Emiliano dijo:

- Haz pasar a Fructuoso, haz pasar a Augurio, haz pasar a Eulogio.

Por oficio, respondieron:

- ¡Helos aquí!

El gobernador habló así a Fructuoso:

- *¿Sabes lo que han dispuesto los emperadores?*

Fructuoso respondió:

- *Desconozco lo que hayan mandado los emperadores. ¡Soy cristiano!*

El gobernador Emiliano precisó:

- *Mandaron adorar a los dioses.*

Fructuoso replicó:

- *Yo adoro al único Dios, creador del cielo y de la tierra, y de todo cuanto hay en ellos.*

Insistió Emiliano:

- *¿No sabes que existen los dioses?*

Fructuoso contestó:

- *Lo ignoro.*

Le advirtió Emiliano:

- *Sin duda, lo sabrás luego.*

Fructuoso, vuelto hacia el Señor, oraba en silencio. El gobernador Emiliano exclamó:

- *¡Éstos sí que son escuchados, éstos sí que son temidos, sí que son adorados, en vez de dar culto a los dioses y adorar las imágenes de los emperadores*

El gobernador Emiliano se dirigió entonces a Augurio:

- *No hagas caso a las palabras de Fructuoso.*

Augurio confirmó:

- *Yo adoro a Dios todopoderoso.*

El gobernador se volvió a Eulogio:

- *¿Acaso adoras, tú, a Fructuoso?*

Eulogio precisó:

- *Yo no adoro a Fructuoso, pero, sí que adoro a aquel a quien Fructuoso adora.*

El gobernador Emiliano inquirió a Fructuoso:

- *¿Eres, tú, obispo?*

Fructuoso afirmó:

- *¡Sí, lo soy!*

Declaró Emiliano:

- *¡Lo fuiste!*

Y sentenció que fueran quemados vivos.

3- Y mientras Fructuoso y sus diáconos eran llevados al anfiteatro, crecía la aflicción del pueblo por el obispo Fructuoso, como una expresión más del gran amor que le tenía; así era no sólo entre los hermanos sino también entre los mismos gentiles. En Fructuoso se traslucía aquella imagen del obispo revelada por el Espíritu Santo a través del bienaventurado Pablo, vaso elegido, doctor de las naciones¹. Por esta razón, incluso los soldados, conscientes de la gloria inmensa que iban a alcanzar aquéllos, se alegraban más que no se entristecían. Y, ya que alguno de los hermanos le instaba a que bebiera una mixtura, Fructuoso le indicó:

- *No es hora todavía de quebrantar la celebración del ayuno.*

Serían las diez o las once de la mañana. Y puesto que el miércoles anterior, a pesar del encarcelamiento, había cumplido aquella solemnidad, ahora, seguro y gozoso, anhelaba culminar allá, en el paraíso que Dios dispuso para sus predilectos, con los mártires y los profetas, la estación iniciada aquí el viernes². Llegados al anfiteatro, se le acercó su lector, de nombre Augustal, y le suplicaba entre sollozos que pudiera quitarle el calzado. Aquel mártir bienaventurado le correspondió así:

- *Déjalo, hijo, yo mismo me descalzo.*

Ya sin el calzado, se le acercó un soldado hermano nuestro, llamado Félix, y estrechó su mano mientras le rogaba que le tuviese presente en el pensamiento. Con voz perceptible por cuantos le rodeaban, le respondió:

- *He de llevar dentro de mí la Iglesia católica, de oriente a occidente.*

4- Firme en el umbral del anfiteatro, a punto de acceder a la corona inmarcesible más que al suplicio, en presencia de los soldados beneficiarios de oficio antes nombrados, y de tal manera que ellos y los hermanos lo pudieran percibir, Fructuoso, movido por el Espíritu Santo, que hablaba por boca suya, exclamó:

- *Nunca más os faltará pastor ni os fallará la fiel promesa del Señor, ni ahora ni en el futuro. Esto que hoy contempláis es una simple debilidad pasajera.*

Habiendo consolado a los hermanos, entraron dignos a la salvación, e incluso gozosos al martirio, al fruto prometido en las santas Escrituras. Se hicieron

¹ 1Tm 3,2-7; Tt 1,7-9.

² 1Co 2,9.

semejantes a Ananías, Azarías y Misael³, pues en ellos resplandecía la Trinidad divina cuando, de pie sobre el fuego terrenal, el Padre se les hacía presente, el Hijo les confortaba y el Espíritu Santo andaba entre las llamas. Consumidas por el fuego las cuerdas que ataban sus manos, Fructuoso, asiduo a la divina alabanza, exultante e hincadas las rodillas, oraba a Dios, seguro de la resurrección, con el mismo gesto victorioso del Señor crucificado.

5- Tampoco faltaron las habituales y maravillosas manifestaciones del Señor: se abrieron los cielos, y Babilón y Migdonio, hermanos nuestros y servidores del gobernador Emiliano, mostraron a la hija de éste, y su señora terrenal, como Fructuoso y sus diáconos, coronados con el martirio, subían a través del cielo mientras las estacas, a las cuales fueron atados, permanecían todavía allí plantadas. Emiliano, llamado a contemplar la visión, ni siquiera fue digno de vislumbrarlos, mientras los servidores del gobernador le insistían:

- Ven y contempla como los que hoy has condenado ascienden ahora al cielo y su esperanza es ratificada.

6- Los hermanos, confusos sin pastor, se sentían afligidos no porque compadecieran a Fructuoso sino más bien porque le echaban de menos. No obstante, conscientes de su fe y su combate, todos se apresuraron a bajar de noche al anfiteatro llevando consigo vino para sofocar los cuerpos humeantes. Después se apresaban a recoger la mayor cantidad posible de cenizas, allí acumuladas. También entonces se manifestó la maravillosa magnificencia de nuestro Señor y Salvador con la finalidad de confirmar en la fe a los creyentes y de proponer un ejemplo a los más débiles. Todo aquello que, por la misericordia de Dios, el magisterio de Fructuoso había enseñado en vida como una promesa de nuestro Señor y Salvador, era necesario que Fructuoso lo ratificara ahora en su reciente pasión y por la fe en la resurrección de la carne. Por lo cual, después de su inmolación, se mostró a los hermanos y les instó para que restituyeran sin demora todo cuanto, por amor, habían sustraído de las cenizas.

³ Dn 3,24-50.

7- Se aparecieron a Emiliano, que había condenado a Fructuoso y sus diáconos, revestidos con la túnica de la promesa, mientras lo reprochaban y le manifestaban que en vano había despojado del cuerpo y enterrado para siempre a aquéllos que ahora tendría que contemplar triunfantes.

¡Oh mártires bienaventurados, purificados como el oro precioso en el crisol ardiente⁴, protegidos con la coraza de la fe y el yelmo de la salvación, ceñidos con diadema y corona inmarcesibles por haber hollado la cabeza del maligno⁵!

¡Oh mártires bienaventurados, que merecieron un lugar esplendoroso en el cielo a la derecha de Cristo para gloria de Dios, Padre todopoderoso, de Jesucristo, su Hijo y del Espíritu Santo!

Amén

⁴ Sb 3,6.

⁵ 1Te 5,8; Ef 6,13ss.